

[Nota bibliográfica]

La devoción a Jesús en el Cristianismo más antiguo Una conversación con el Prof. L. W. Hurtado

*En el marco de un seminario organizado por el “Grupo de Investigación sobre los Orígenes del Cristianismo” de nuestra facultad, el 4 de Noviembre de 2005 tuvo lugar la presentación del libro *Lord Jesus Christ. Devotion to Jesús in Earliest Christianity* (Grand Rapids: Eerdmans 2003). En ella participó el autor, Prof. Larry W. Hurtado, y los integrantes de dicho grupo de investigación, los profesores Jorge Fernández Sangrador, Santiago Guijarro Oporto y Jacinto Núñez Regodón. La presentación tuvo la forma de una conversación. Comenzó con una amplia exposición del Prof. Hurtado, quien expuso las claves de su obra y algunas de las primeras reacciones que ha suscitado. Siguiéron tres intervenciones más breves a cargo de los tres profesores antes mencionados, que hicieron algunas observaciones acerca de diversos aspectos del libro. Finalmente el Prof. Hurtado respondió brevemente a las observaciones que se le habían hecho. Dado el interés objetivo de esta obra, que está en proceso de traducción al español, y el interés de la conversación mantenida en el momento de su presentación, publicamos aquí las diversas intervenciones a modo de nota bibliográfica.¹*

Presentación de *Lord Jesus Christ* [Prof. L. W. Hurtado]

A continuación voy a ofrecer una descripción y una explicación a grandes rasgos de mi reciente libro: *Señor Jesucristo. La devoción a Jesús en el cristianismo más primitivo*, publicado por Eerdmans en 2003. Asimismo pretendo subrayar algunas cuestiones básicas sobre las que espero poder aportar algo a los estudios exegéticos actuales acerca de los orígenes del cristianismo. Se trata de un libro voluminoso, que abarca un amplio abanico de temas, materias y testimonios, por lo que en esta conferencia tendré inevitablemente que ser selectivo. No obstante, invito a los presentes a plantear otras cuestiones relevantes, incluyendo sobre todo aquellas en torno a las que mi reflexión no parece adecuada o correcta y aquellas que, a la luz de mis palabras, puedan estimular la reflexión ulterior.

Estas observaciones repetirán en gran medida aspectos tratados con más detalle en el libro, y están dirigidas a quienes (¿aún?) no hayan leído el libro, tratando de recalcar lo que considero mis objetivos y mis aportaciones principales.

1. Lo primero que hay que destacar es el enfoque del libro. Por un lado, es amplio, pero por otro es específico y limitado. De inicio puede ser útil hacer algunas aclaraciones sobre los términos clave que empleo, para descubrir cuál es mi enfoque. Se trata de los términos que aparecen en el título del libro.

- El uso que hago del término, «devoción» (a Jesús) incluye el puesto de Jesús en la fe y en la praxis religiosa del cristianismo más primitivo. Mientras que gran parte de la exégesis se ha centrado (y sigue centrándose) en la «cristología» (creencias sobre Jesús, tales como

¹ Las dos intervenciones del profesor Hurtado han sido traducidas por Francisco Javier Molina, que está realizando la traducción del libro presentado para Ediciones Sígueme, a quien agradecemos esta colaboración.

la preexistencia, muerte redentora, resurrección, parusía, etc.), he tratado de ampliar el alcance para incluir también las distintas formas en que la *praxis* religiosa cristiana más primitiva refleja su veneración por Jesús. En particular, esto incluye prácticas devocionales que formaban parte del *culto público y corporativo* de los primitivos grupos cristianos. Empleo la expresión «sistema devocional» para designar la *constelación de formas manifiestas* mediante las que la gente expresa su fe, y considero extraordinario el sistema devocional del cristianismo más primitivo por la incorporación *programática* de Jesús como objeto de veneración junto a, y en conexión directa con, el Dios uno de la tradición bíblica. Un elemento que me lleva a subrayar la práctica devocional o el culto es mi convencimiento de que en el ambiente de la antigua Roma la esfera de la práctica cultural era *el* rasgo definitorio de la «religión», y constituía el área en que los cristianos se distinguían de una forma más explícita de su ambiente religioso.

- Estoy particularmente interesado en la devoción a Jesús como si fuera «divino» de alguna forma real. Así, mi objetivo en este libro no es ofrecer una «cristología» de gran alcance del Nuevo Testamento o del cristianismo más primitivo, presentando todas las creencias acerca de Jesús, sino dedicarme especialmente a la forma en que los cristianos veneraban a Jesús como portador de un significado trascendente o divino. Por supuesto, al analizar este tema, hemos de tener en cuenta una serie de cuestiones relacionadas con las primitivas creencias cristológicas, pero es importante no perder de vista el enfoque. Para mi propósito, algunos elementos que podrían considerarse centros de atención por derecho propio (por ejemplo, el significado redentor de la muerte de Jesús, las cuestiones acerca de la naturaleza de su cuerpo tras la resurrección o las creencias respecto a la parusía) están subordinados al tema principal, que es el modo en que Jesús se asocia con Dios en la fe y en la *praxis* cristiana más primitiva.
- Cuando hablo de un esquema devocional «binitario» me refiero a la combinación de Jesús y Dios como una pareja relacionada de una forma especial y única en la creencia y en la *praxis* religiosa cristiana más primitiva. Es decir, Jesús y Dios (el Padre) constituyen una pareja limitada, lo que otorga a la devoción cristiana más primitiva un innegable e inusual carácter dual. Sin embargo, por regla general, los primeros cristianos siguieron insistiendo en que reconocían como digno de culto solamente al Dios uno de la tradición bíblica (y en este sentido podemos llamarlos acertadamente «monoteístas»). Es esta curiosa combinación de monoteísmo exclusivista junto a la extensión de la veneración cultural a Jesús lo que trato de describir con el término «binitario».
- El «cristianismo más primitivo» del título nos conduce hasta mediados y fines del siglo II d.C., un periodo después del cual creo que se observan notables cambios en el lenguaje religioso y en las categorías conceptuales, las cuales son más perceptibles que en la época anterior. En este periodo «primitivo» (del 30 al 170 d. C. aproximadamente), el discurso cristiano sobre Jesús esencialmente emplea y adapta el lenguaje y las categorías conceptuales de la tradición bíblica (Antiguo Testamento) y del judaísmo del segundo templo a fin de describir y definir la importancia de Jesús. Considero que la figura clave en la transición es san Justino Mártir, quien, aun tratando conservar las tradiciones cristianas anteriores, nos ofrece el primer intento que se nos conserva de explorar modos distintos de formular la fe en Jesús por medio de un lenguaje y de conceptos que tomó del abanico más amplio de recursos intelectuales de su tiempo.

2. Un segundo rasgo importante del libro es que, mientras muchos otros estudios de la primitiva fe en Jesús plantean este tema históricamente desde la perspectiva de los posteriores avances teológicos cristianos (por ejemplo valorando el modo en que las expresiones cristológicas del Nuevo Testamento anticipan las confesiones posteriores y comparándolas entre sí), mi planteamiento de la más primitiva devoción cristiana se basa en la matriz religiosa del judaísmo del segundo templo. Por supuesto, cuando lo considero relevante, también trato de tener en cuenta el ambiente religioso global de la época romana, pero creo que la tradición judía del segundo templo es el material contextual más importante e inmediatamente relevante que hay que analizar. Así, mi perspectiva consiste fundamentalmente en rastrear la primitiva historia de la devoción de Jesús desde las expresiones más antiguas que conocemos. Es decir, en mirar «río arriba». A partir de los avances cristianos posteriores, intento descubrir la más primitiva devoción a Jesús «río abajo», desde la perspectiva de la matriz religiosa y del ambiente donde apareció por vez primera.

- A la luz de este planteamiento, mi conclusión es que el «sistema devocional» ya evidente en las fuentes cristianas más antiguas que poseemos representa una innovación sin precedentes, la cual también (en su propio ambiente histórico) es notable. A partir de mi libro de 1988, *One God, One Lord: Early Christian Devotion and Ancient Jewish Monotheism* [*Un solo Dios, un solo Señor. La devoción cristiana primitiva y el antiguo monoteísmo judío*], he tratado de identificar con claridad los fenómenos relevantes, en parte para facilitar a otros exegetas la labor de rechazar o confirmar mis conclusiones. Entre mis conclusiones destaca el énfasis que pongo en la naturaleza innovadora de la devoción cristiana más primitiva. En realidad, al igual que otros estudiosos, he procurado identificar las conexiones y la continuidad con las tradiciones del judaísmo del segundo templo. Sin embargo, yo afirmo que a la hora de estudiar el problema histórico de la más primitiva devoción cristiana a Jesús no es suficiente con advertir dichas conexiones, y creo que debemos reconocer que existe una auténtica y destacada innovación religiosa. Parece que algunos lo encuentran incómodo, prefiriendo considerar la primitiva devoción a Jesús como una particular manifestación más de la capacidad que posee la tradición judeo-bíblica de aceptar la pluralidad. A mi juicio, sin embargo, al menos algunos de esos intentos desprenden un fuerte aroma a disculpa, lo cual me parece que deforma el juicio histórico de esos exegetas en cuestión.

3. Como ya he indicado, los parámetros cronológicos abarcan de forma deliberada desde los comienzos del cristianismo hasta bien entrado el siglo II d.C. Para un estudio *histórico*, los límites canónicos no son relevantes. El Nuevo Testamento tiene importancia histórica principalmente en cuanto incluye la mayor parte de los escritos cristianos más antiguos que conservamos. No obstante, los textos extracanónicos primitivos también preservan datos históricos de utilidad. Además, el hecho de extender el panorama hasta bien entrado el siglo II d.C. nos proporciona un «horizonte» interpretativo más amplio y mejor, gracias al cual podemos observar estas cuestiones desde una perspectiva más favorable. Por ejemplo, aun cuando nuestro principal interés consista en entender claramente lo que este o aquel escrito neotestamentario expresa, es muy útil estudiar el escrito en el más amplio horizonte de todos los testimonios cristianos de los dos primeros siglos.

4. *Kyrios Christos* de W. Bousset es a la vez el ejemplo que me inspira y, en la medida en que puedo juzgar, el único competidor de este libro. Entre las similitudes más destacadas, ambos

libros ofrecen: a) un análisis histórico que toma en serio el contexto y el ambiente; b) un enfoque que considera la *praxis* y la «religión» como los parámetros adecuados; y c) un esfuerzo por ocuparse tanto de la pregunta sobre «cómo ocurrió» como de la cuestión «¿qué ocurrió?». Así, por ejemplo, este libro propone los principales «factores y fuerzas» que modelaron la devoción a Jesús. Creo que existen cuatro: a) Hay que tener en cuenta el contexto religioso judío, especialmente el monoteísmo exclusivista y la tradición de un «agente principal» de Dios, las cuales se reflejan en la curiosa configuración «binitaria» de la primitiva devoción cristiana, que considera a Jesús como una figura discernible en sí misma, pero generalmente definida y venerada en relación con el Dios uno de la tradición bíblica; b) postulo que el impacto histórico de Jesús (especialmente el efecto «polarizador» de su ministerio y de su muerte) es crucial para comprender en términos históricos por qué es alguien tan fundamental en la vida religiosa del cristianismo primitivo y por qué los interrogantes acerca del modo de entender su estatus y su naturaleza siguen siendo tan importantes; c) en lo que quizás es el aspecto más controvertido de mi modelo, propongo que las intensas experiencias religiosas de «revelación» contribuyeron sobremanera a reconfigurar las creencias y las prácticas religiosas de los primeros grupos cristianos, facilitando el que se llevase a cabo una «transformación» original, en virtud de la cual una segunda figura (Jesús) es venerada de forma programática junto al Dios uno; y d) reconozco también la importancia del ambiente religioso más amplio, en cuyos términos los primeros cristianos trataron de expresar y definir su fe.

5. A continuación ofreceré algunos comentarios respecto al orden de los capítulos. Dada la importancia/prioridad histórica del testimonio paulino, el material más primitivo que conservamos, he optado por tratarlo como el primer corpus de material a analizar. Quiero subrayar que me centro en «el cristianismo paulino» y no tanto en Pablo como «teólogo» individual. Es decir, estoy interesado en describir el sistema devocional *característico de las iglesias paulinas*, no tanto en la propia originalidad de Pablo o en sus intuiciones personales.

- A mi juicio, el testimonio de las cartas de Pablo muestra un gran interés por la continuidad, en la medida en que ésta es posible entre las iglesias paulinas y el cristianismo judeo-jerosolimitano. Planteo que no hay razón alguna para percibir una gran innovación en la devoción a Jesús que distinga al cristianismo paulino de los grupos «de Judea». Por tanto, me separo enormemente del esquema de Bousset de un cristianismo «gentil helenista», que según él defendía una imagen de Jesús significativamente distinta de la de los «primitivos grupos palestinos». Un importante factor para mí es la ausencia de cualquier indicación de que los judeocristianos pusiesen reparos a Pablo o a sus iglesias a causa de su devoción a Jesús. La controversia fundamental entre Pablo y algunos judeocristianos (tal como se refleja, por ejemplo, en Gal 2, 11-21) parece haber sido respecto a las condiciones para la admisión de los gentiles y al pleno reconocimiento de éstos por los judeocristianos.
- Además, como Martin Hengel ha subrayado acertadamente, la temprana fecha del testimonio paulino nos lleva a unos veinte años tras la muerte de Jesús. Asimismo, considero que la «conversión» de Pablo fue esencialmente una re-evaluación radical de Jesús (una «revelación del Hijo de Dios»), la cual debe demostrar que esta visión positiva de Jesús había sido la principal objeción que había desatado los enérgicos esfuerzos de Saulo el fariseo para «destruir» el joven movimiento de Jesús dentro de las primitivas comunidades judías del siglo I d.C.

6. En el capítulo siguiente afirmo que desde sus inicios el judeocristianismo ya exhibía una imagen de Jesús como la de alguien que posee un significado trascendente y ya seguía un destacado sistema devocional que le otorgaba una veneración cuasi-divina.

- He de advertir que ofrezco una crítica de la noción según la cual los «helenistas» de Jerusalén poseían una visión peculiar de Jesús, de la ley o del templo, de modo que aquí me separo notablemente de Hengel y otros.

7. En el capítulo que dedico a los evangelios canónicos (centrándome aquí particularmente en los evangelios sinópticos), trato de analizarlos como «restos materiales» de carácter literario que expresan la devoción a Jesús. Según mi parecer, representan versiones singulares y notables de un amplio género de escritos biográficos (*bioi*) que estaban cobrando mayor visibilidad en la época romana, y el hecho de que estén plenamente centrados en Jesús arroja luz sobre el puesto central de éste en la fe de quienes los escribieron. Es decepcionante que algunos críticos no hayan entendido por qué dedico tanto espacio a los interrogantes sobre el *género* de los evangelios, pero mi intención era hacer justicia a esos escritos como textos históricamente condicionados.

8. A continuación, aceptando la hipótesis Q, y aceptando también los resultados básicos de los esfuerzos encaminados a determinar los contenidos y la posible organización del material en Q, creo que ésta *no representa una forma distintiva y anómala de cristianismo primitivo*. A mi juicio, si los esfuerzos modernos por reconstruirla son esencialmente acertados, Q era una colección ordenada de dichos de Jesús *con una subestructura narrativa* que refleja substancialmente el argumento básico de los evangelios canónicos. Además, de acuerdo con exegetas como Kirk, sostengo que Q presenta de hecho una imagen «elevada» de Jesús, una postura distinta a la alegada por algunos (por ejemplo, Burton Mack) para quienes Jesús supuestamente era sólo una fuente de dichos ingeniosos. No obstante, polemizo con Kloppenborg en este capítulo, porque considero su obra como la expresión más impresionante de una idea que en el fondo no encuentro convincente.

9. En mi reflexión sobre el cristianismo joánico describo avances notables en las expresiones cristológicas, los cuales se ven sobre todo modelados primero por la controversia con los judíos (en el evangelio de Juan) y posteriormente por los conflictos intracomunitarios con algunos creyentes de estos círculos que reivindicaban una revelación superior (primera carta de Juan), y que después, cuando sus reivindicaciones y enseñanzas no fueron aceptadas, se separaron de los círculos joánicos.

- Frente a las afirmaciones de Maurice Casey y James Dunn, no percibo una «divinización» radical de Jesús en el cristianismo joánico. La *retórica* del evangelio de Juan es ciertamente más directa y polémica en su tono, pero no veo ningún cambio fundamental en cuanto a su *contenido*.

10. También doy un repaso a los primitivos «libros sobre Jesús» extracanáonicos, incluyendo el «evangelio secreto de Marcos», textos fragmentarios (como el papiro de Oxyrinco 840), el evangelio del papiro «Egerton», el «evangelio de Pedro», los proto-evangelios de la infancia, prestando especial atención al evangelio de Tomás.

- Contrariamente a algunos, sostengo que el evangelio de Tomás refleja una mentalidad/actitud elitista y esotérica, que desdeña los modelos de fe cristiana «ordinarios» y familiares de su época. Es posible que haya alguna similitud, tal vez

incluso alguna conexión histórica, entre la perspectiva religiosa reflejada en el evangelio de Tomás y la de aquellos que se separaron de la comunidad joánica. Sin embargo, no estoy de acuerdo con aquellos que proponen que el evangelio de Juan fue elaborado en oposición a la perspectiva religiosa del evangelio de Tomás. Si existe una relación histórica entre ambos, creo que es más probable que el evangelio de Tomás refleje y reaccione ante el tipo de tradiciones y subrayados del evangelio de Juan.

11. Además de la reflexión sobre esos evangelios extracanónicos (los cuales creo que provienen probablemente del siglo II d.C.), dedico otros tres capítulos al cristianismo del siglo II, intentando también tener en cuenta textos fundamentales de las últimas décadas del siglo I que aparecen en «deudores» religiosos (Hebreos, las deutero-paulinas) y que alimentan la «proto-ortodoxia» del siglo II, subrayando así la importancia de este periodo.

12. Presento el cristianismo valentiniano y el marcionita como las principales expresiones o ejemplos de la «diversidad radical» de lo que me parece más sobresaliente en el siglo II.

- A propósito, en esta reflexión expreso cierta cautela a la hora de utilizar los materiales de Nag Hammadi como testimonios del cristianismo del siglo II, especialmente como ejemplos de valentinismo (como también anteriormente para el evangelio de Tomás). Me parece obvio que debemos aceptar que existe una gran fluidez y una evolución histórica tras los textos coptos del siglo IV de Nag Hammadi.

13. También pretendo identificar y describir lo que denomino «cristianismo proto-ortodoxo», expresión que designa un conjunto de rasgos que muestran cierta coherencia y que se dirigirán hacia expresiones más formales y rígidas en el siglo III y posteriormente.

- Los *rasgos principales* incluyen: a) la veneración por la tradición (y la correspondiente sospecha ante grandes innovaciones en la fe); b) un sólido vínculo entre Jesús y el Dios de Israel; y c) una actitud firmemente monoteísta (que, de este modo, define a Jesús remitiendo al Dios uno).

Acabo subrayando algunos elementos de mi introducción. «La indiscutible centralidad de la figura de Jesús en la devoción cristiana primitiva constituye la premisa de este libro» (p. 1). De hecho, creo que no tenemos ninguna analogía de esta preeminencia de Jesús en los grupos religiosos contemporáneos del primitivo cristianismo. A diferencia del planteamiento general y de la práctica en el ambiente religioso romano, la devoción a Jesús no consistió simplemente en añadir otra deidad a un panteón. La devoción a Jesús incluía una veneración *única* a una figura colocada especialmente al lado del Dios uno, de manera que cualquier otra figura y deidad era radicalmente devaluada.

Mi preocupación fundamental en el libro era ofrecer un *análisis histórico* que no presuponga o requiera ninguna actitud de fe particular, aunque no tengo intención de mostrar hostilidad alguna hacia una actitud de fe.

También cito las tres tesis fundamentales que anuncié anteriormente. En primer lugar, «extraordinariamente pronto surgió una notable devoción a Jesús en los grupos de sus seguidores, la cual no puede quedar reducida a un estadio secundario del desarrollo religioso o explicada como el resultado de fuerzas extrañas». En segundo lugar, «la devoción a Jesús se manifestaba con una intensidad y una diversidad de expresiones sin paralelo, de modo que no tenemos una verdadera analogía en el ambiente religioso de la época. [Se trata de algo] verdaderamente notable en la historia de las religiones, lo cual justifica (de hecho, exige) un

esfuerzo especial por comprenderlo en términos históricos». En tercer lugar, «esta intensa devoción a Jesús, que incluye venerarlo como alguien divino, se presentaba y se formulaba por lo general dentro de una actitud firme de monoteísmo exclusivista, particularmente en los grupos de los primeros cristianos que anticiparon y contribuyeron a establecer lo que se convirtió en la corriente principal del cristianismo».

Comentarios y observaciones [Prof. Jacinto Núñez Regodón, Santiago Guijarro Oporto y Jorge Fernández Sangrador]

[Prof. Jacinto Núñez Regodón]

El libro de B. Holmberg *Historia social del cristianismo primitivo* termina con las siguientes palabras: “nunca encontraremos el alma del cristianismo primitivo si no hallamos al mismo tiempo su cuerpo”². Cuando acabé de leer esto, no pude resistirme a escribir allí mismo, en el espacio en blanco de la página, lo siguiente: “¿y para qué queremos el cuerpo si no tenemos su alma?”. Al hilo de la lectura del libro del Prof. L.W. Hurtado he tenido la impresión de haber recuperado el alma del cristianismo primero; a saber: la veneración por Jesús, ya desde el primer momento posterior a su crucifixión, y su asociación con Dios mismo de un modo singular y único.

Considero que el mérito principal –entre otros muchos- de la obra del prof. Hurtado es que recupera ese elemento central de la “devoción” o “veneración” como eje en torno al que se articula el cristianismo, y lo analiza como un fenómeno histórico, tomando en consideración las fuentes que informan de ello, los factores que lo enmarcan y los elementos que lo configuran.

La lectura del libro del prof. Hurtado me ha sugerido lógicamente muchos interrogantes y comentarios. Por razones obvias me tengo que limitar a uno de ellos, que tiene que ver más directamente con el campo de mi especialidad.

Al comienzo y al final del capítulo dedicado a Pablo, que lleva por título “el primitivo cristianismo paulino”, se aclara que el objetivo del capítulo es un estudio de las cartas de Pablo como fuentes históricas para el tema de la veneración de Cristo en las primeras décadas en lo referente a creencias y prácticas devocionales, pero se aclara expresamente que el interés no está en el punto de vista particular de Pablo sobre estas cuestiones y en concreto sobre su propia experiencia de veneración de Cristo (cf., por ejemplo, p. 86). Esta opción es metodológicamente correcta, aunque entiendo que las cartas son, en primer lugar, *fuentes sobre Pablo mismo*. Y, en este sentido, me hubiera gustado un apartado, al menos, sobre la veneración de Cristo como experiencia personal del apóstol. Esto es posible saberlo de él como de ningún otro en el nuevo testamento o en el cristianismo más primitivo.

Aunque se trata de un experiencia personal, Pablo ofrece *los elementos constitutivos propios* de esa experiencia, que seguramente está a la base de aquellas prácticas devocionales públicas y comunitarias del cristianismo paulino, tales como la oración y la invocación del nombre de Jesús, el bautismo y la mesa del Señor, los himnos y los oráculos, de los que, por cierto, se hace en el libro un estudio admirable (cf. pp. 134ss bajo el epígrafe “binitarian worship”).

² B. Holmberg, *Historia social del cristianismo primitivo. La sociología y el Nuevo Testamento* (Córdoba: El Almendro 1995) p. 202.

Además, en el caso personal de Pablo hay que preguntarse si aquella experiencia ha llegado a lo que luego llamaremos comúnmente experiencia mística (recuérdese la obra de A. Schweitzer a este propósito).

Es verdad que el “yo” de las cartas de Pablo está necesitado de una hermenéutica, pues no siempre lo usa el apóstol para hablar de sí mismo. En ocasiones puede tratarse de un yo paradigmático³. Este problema se plantea, por ejemplo, en el conocido texto de Gal 2,20: “ya no vivo yo, es Cristo quien vive en mí...”. Hay que tener en cuenta que ese texto se encuentra en un contexto (Gal 2,15-21) en el que se sucede una serie de “nosotros” y de “yo”, y éste último no es siempre estrictamente personal, sino que puede ser literario (como es el caso en el v.18) o comunitario/eclesial en cuanto se refiere a una experiencia compartida, común a todos los creyentes (como me parece el caso en el v. 19)⁴. El v. 20, sin embargo, hablaría, de la experiencia personal del apóstol⁵, al menos en la primera parte, pues seguramente la segunda remite a una fórmula tradicional (“que me amó y se entregó por mí”).

De todos modos, remito al texto de Gal 2,20 sólo a modo de ejemplo, pues son otros muchos los que hablan de aquella experiencia personal de veneración de Cristo en Pablo (cf. especialmente Flp 3,7-11). Es a propósito de esa experiencia de la que he querido hacer este comentario. Me parece que el estudio de Pablo hubiera enriquecido la tesis del prof. Hurtado acerca de *la eclosión de la veneración a Cristo, no sólo en las creencias y prácticas comunes sino en la experiencia personal de los creyentes*.

[Prof. Santiago Guijarro Oporto]

En primer lugar quiero expresar mi gratitud y reconocimiento al Prof. Larry Hurtado por los años de intenso trabajo que han dado como fruto el magnífico libro que hoy presentamos.

Para comenzar quisiera referirme a dos aspectos que me parecen especialmente relevantes en el conjunto de la obra. El primero es el planteamiento metodológico, que se esfuerza por identificar y caracterizar los factores que ayudan a entender el surgimiento de la veneración a Jesús en el Cristianismo naciente. Me parece especialmente interesante el estudio de las experiencias religiosas de revelación como elemento determinante para transformar un sistema religioso tradicional. El segundo aspecto es la coherencia del planteamiento general. Esta coherencia hace que los detallados análisis y discusiones queden situados en una línea de argumentación que nunca se pierde de vista: mostrar cómo el monoteísmo judío se transformó en el binitarismo cristiano por el temprano y persistente reconocimiento de la condición divina de Jesús. Podrían señalarse otras muchas aportaciones más particulares como el sensato y acertado uso de las fuentes, las páginas dedicadas a subrayar la importancia del género biográfico en la transmisión de la tradición sobre Jesús, la original presentación del Evangelio de Tomás, etc. Todo ello expresado en un lenguaje terso y preciso, que facilita enormemente la lectura de este libro.

³ Cf. B. Dodd, *Paul's Paradigmatic "I". Personal Example as Literary Strategy* (Sheffield: Academic Press 1999) pp. 159-161.

⁴ Cf. J. Núñez Regodón, *El evangelio en Antioquia. Gal 2,15-21 entre el incidente antioqueno y la crisis gálata* (Salamanca: Universidad Pontificia 2002) pp.128-131.

⁵ Para E. Farahian, *Le "Je" paulinienne. Étude pour mieux comprendre Gal. 2,19-21* (Roma: Pontificia Università Gregoriana 1988) pp. 254-261, el “yo” de Gal 2,19-20 se refiere a Pablo y sólo a él.

En un libro tan extenso y de problemática tan dilatada es normal que el lector especializado se encuentre con aspectos concretos en los que discrepa. El Prof. Hurtado no se extrañará de ello, pues en su obra él mismo expresa con gran elegancia y corrección su discrepancia con otros autores. En este contexto me permito expresar aquí algunas reflexiones acerca de la reconstrucción que realiza en el capítulo 3 (pp.155-216) de los orígenes del Cristianismo en Palestina durante la primera generación. Es evidente que el principal problema con que nos encontramos a la hora de reconstruir esta etapa decisiva de los orígenes del Cristianismo es la escasez de las fuentes. Sólo disponemos de las Cartas de Pablo y del libro de los Hechos. El Prof. Hurtado es consciente de que ambas fuentes reflejan una perspectiva “externa”, pues fueron compuestas en el seno de las comunidades paulinas, es decir, en la diáspora de lengua griega. A pesar de todo, considera que es posible encontrar en ellas una información fiable sobre el Cristianismo palestinese. Yo estoy de acuerdo con esta afirmación y creo que su tratamiento de estas fuentes es ejemplar. Sin embargo, me pregunto si esta perspectiva no debería complementarse con el estudio de otras posibles fuentes que podrían ser reconstruidas a partir de los evangelios canónicos.

Me refiero a las composiciones pre-evangélicas, que recogen la tradición oral transmitida en Palestina durante la primera generación, y que podrían proporcionar una visión de dichos grupos “desde dentro”. Soy consciente de que el carácter hipotético de estas reconstrucciones es una limitación importante, pero la información que pueden proporcionarnos es de tanto interés que merece la pena intentarlo. Pienso, en concreto, en las agrupaciones pre-marcanas, que podrían conservar tradiciones discipulares galileas, o en el relato tradicional de la pasión, que, según todos los indicios, fue compuesto en la comunidad de Jerusalén⁶. Entre estas fuentes creo que hay que incluir el Documento Q, al que el Prof. Hurtado dedica un capítulo aparte. Todas estas composiciones, en la medida que pueden ser reconstruidas, confirmarían la tesis central de *Lord Jesus Christ*, porque en ellas aparece ya una especial veneración hacia Jesús. Pero al mismo tiempo matizarían algunas de sus afirmaciones acerca del naciente Cristianismo palestinese, mostrando su peculiaridad. Podría citarse como ejemplo la interpretación del sentido de la muerte de Jesús. La interpretación paulina y lucana, que le otorga un sentido redentor (“*por nuestros pecados*”), no aparece ni en Q ni en el relato tradicional de la pasión. No quiere decir esto que los autores y destinatarios de estas composiciones desconocieran el acontecimiento, ni tampoco que no sintieran la necesidad de darle un sentido, sino que entre los primeros grupos de discípulos de Jesús en Palestina este acontecimiento se explicaba de otra forma, recurriendo a una exégesis carismática del Antiguo Testamento.

Esta forma de entender la visión que tenían de Jesús los primeros grupos de discípulos en Palestina ayuda a percibir mejor su pluralidad y explica mejor, a mi modo de ver, la existencia del judeocristianismo posterior. Es cierto, y en eso coincido con el Prof. Hurtado, que se trata de una visión marginal, cuya importancia en el surgimiento de la veneración a Jesús es

⁶ Este ha sido el objeto de la investigación que he realizado en el seno de diversos proyectos. Los resultados pueden verse, por ahora en dos publicaciones sobre estas tradiciones pre-evangélicas: S. Guijarro Oporto, “El relato pre-marcano de la pasión y la historia del cristianismo naciente” *Salmanticensis* 50 (2003) 345-388; y S. Guijarro Oporto “Los primeros discípulos de Jesús en Galilea”, en: S. Guijarro Oporto (coord.), *Los comienzos del cristianismo. IV Simposio del Grupo Europeo de Investigación sobre los Orígenes del Cristianismo* (Salamanca: Universidad Pontificia 2006) 71-91.

relativa. Pero no debemos olvidar que estos primeros grupos de discípulos palestinos estaban muy cerca temporal y contextualmente de Jesús y que por ello su testimonio es muy importante, tanto desde el punto de vista histórico como teológico.

He de confesar que en varias ocasiones, mientras leía este libro, he tenido la sensación de encontrar formuladas intuiciones que yo mismo había tenido; en muchas más he percibido cómo se me abrían nuevos horizontes de reflexión o se establecían relaciones iluminadoras. Supongo que todo esto hace que a uno le guste un libro. Les confieso que este es uno de los libros que más me han gustado en los últimos años, en parte porque es uno de los libros que me han suscitado preguntas y reflexiones como las que acabo de formular. No siempre se tiene la ocasión de poder expresar directamente al autor las preguntas y reflexiones que la lectura de su obra le ha suscitado. Por eso le agradezco al Prof. Hurtado que haya aceptado la invitación a presentar este libro y a dialogar sobre él con nosotros.

[Prof. Jorge Fernández Sangrador]

El profesor Larry W. Hurtado, en los tres últimos capítulos (8, 9 y 10) de su libro *Lord Jesus Christ*, trata de la veneración por Jesús desde tres perspectivas que pueden ser calificadas de “cuantitativa”, “cualitativa” y “categorial” respectivamente. “Cuantitativa” porque, en el capítulo 8 (pp. 487-518), propone toda una centuria, el siglo II, como el espacio de tiempo en el que se hace patente lo que, en décadas anteriores, era latente o no había sido formulado de una manera acabada hasta ese momento. “Cualitativa” porque, en el capítulo 9 (pp. 519-561), se muestran una serie de innovaciones, personajes y movimientos que han dado lugar a lo que el profesor Hurtado denomina “radical diversity” y el lenguaje dogmático califica de “heterodoxia”. “Categorial” porque, en el capítulo 10 (pp. 563-648), son descritas las categorías más importantes desde las que el emergente cristianismo proto-ortodoxo (o proto-católico) ha articulado su autocomprensión como sistema religioso.

Larry W. Hurtado justifica, con la claridad que le caracteriza, la importancia de cada uno de estos puntos, que, en aras de la brevedad, he simplificado. El libro es interesante por el planteamiento global que ha inspirado la indagación realizada por el autor, es decir, la búsqueda del sustrato sobre el que se ha ido construyendo el cristianismo primitivo y que, para él, es principalmente una veneración -si es que así se puede traducir el término *devotion*-, una veneración por Jesús de Nazaret sostenida al menos hasta el año 170, período en que el profesor Hurtado establece el final de lo que denominamos “cristianismo primitivo” y por ende su estudio.

El profesor Hurtado ha acuñado una expresión lapidaria: “La veneración por Jesús como alguien divino fue más una explosión que el resultado de un desarrollo” (“Devotion to Jesus as divine appeared more as an explosion than as an evolutionary development”). La imagen me parece realmente afortunada. Al final de su libro, presenta a san Justino como una figura de transición entre el cristianismo primitivo y el subsiguiente. Con el apologista de Nablus se cerraría, pues, una época y en el *Diálogo con Trifón* se habría alcanzado una cumbre. En este escrito, san Justino refiere su conversión, acaecida tras deambular por diferentes escuelas filosóficas, con las siguientes palabras:

“Inmediatamente sentí que *se encendía un fuego en mi alma* y se apoderaba de mí el amor a los profetas y a aquellos hombres que son amigos de Cristo, y reflexionando conmigo mismo sobre los razonamientos del anciano, hallé que ésta sola es la filosofía segura y provechosa. De este modo, pues, y por estos motivos soy yo filósofo, y quisiera que todos los hombres, poniendo el

mismo fervor que yo, siguieran las doctrinas del Salvador. Pues, hay en ellas *un no sé qué* de temible y son capaces de conmover a los que se apartan del recto camino, a par que, para quienes las meditan, se convierten en dulcísimo descanso”⁷.

Algo semejante podría hallarse en las *Confesiones* de Jeremías⁸, en las de san Agustín⁹ o en el *Memorial* de Pascal¹⁰. San Justino es una cumbre, sí, pero de una cordillera en la que hay igualmente otras cimas. El rasgo más llamativo de esta explosión, de la que el profesor Hurtado habla, no es el efecto *big bang*, por el que se inicia un proceso evolutivo, sino el de una explosión que produce otras explosiones en cadena, un fuego que enciende otros fuegos. Adolf von Harnack, en su libro sobre la expansión del cristianismo en los primeros siglos, y Gustave Bardy, en su estudio sobre la conversión al cristianismo en esta misma época entre otros, han buscado el núcleo de ese *no sé qué* del que habla san Justino, de esa chispa que ha provocado innumerables deflagraciones en quienes oían hablar de Jesús de Nazaret a los actores de la misión cristiana¹¹.

Ante la obra de Larry W. Hurtado, cabe preguntarse: cuando ya había pasado el ardor primero de la generación genuinamente apostólica y aún no había llegado la constricción social del período constantiniano, ¿cómo percibían esa veneración o *devotion* por Jesús quienes escuchaban a los misioneros cristianos del siglo II que los impelía a incorporarse con todas las consecuencias, incluido el martirio, al cristianismo proto-ortodoxo como marco privilegiado para vivir la experiencia de *devotion*, que no era un impacto psicológico o emocional, ni una adhesión a un sistema doctrinal, ni la actualización simbólica de un referente mitológico?

Me uno fervientemente a los testimonios de admiración y simpatía por la persona y la obra del profesor Larry W. Hurtado que cada uno de mis dos colegas ha expresado al inicio de su intervención en este acto.

Una respuesta agradecida a mis colegas de Salamanca [Prof. L. W. Hurtado]

Considero algo muy halagüeño y alentador el hecho de que estos tres colegas salmantinos pensasen que mi libro, *Lord Jesus Christ*, merecía el análisis detallado y atento que se refleja

⁷ San Justino, *Diálogo con Trifón* 8,1-2. Traducción de Daniel Ruiz Bueno, *Padres Apostólicos y Apologístas griegos (s.II)*. (Madrid 2002) p. 1116.

⁸ Jeremías 20,9: “Era dentro de mí como un fuego devorador encerrado en mis huesos; me esforzaba en contenerlo, pero no podía”. Traducción de *La Biblia de la Casa de la Biblia* (Madrid 1992) p. 815.

⁹ San Agustín, *Confesiones*, VIII, 12, 29: “Apenas leída esta sentencia, como si una luz de seguridad hubiera penetrado en mi corazón, se desvanecieron todas las tinieblas de mis dudas”. Traducción de Primitivo Tineo en: Agustín de Hipona, *Confesiones* (Madrid 2003) p. 282.

¹⁰ “El año de gracia de 1654 / Lunes, 23 de noviembre ... / Desde aproximadamente las diez y media de la noche hasta alrededor de las doce y media de la noche / Fuego / Dios de Abraham, Dios de Isaac, Dios de Jacob, no de los filósofos y de los sabios / Certidumbre, certidumbre, conciencia, alegría, paz / (Dios de Jesucristo) / Dios de Jesucristo / ... Traducción de Carlos R. de Dampierre en: Blaise Pascal, *Obras. Pensamientos. Provinciales. Escritos científicos. Opúsculos y cartas* (Madrid 1981) pp. 607-608.

¹¹ A. von Harnack, *Die Mission und Ausbreitung des Christentums in den ersten drei Jahrhunderten*, I-II (Leipzig 1924⁴); G. Bardy, *La conversion au Christianisme durant les premiers siècles* (Paris 1961).

en sus exposiciones. Todo exegeta está sumamente interesado (y con razón) en desarrollar una crítica del trabajo de sus colegas en los temas de su incumbencia, de modo que la positiva valoración que estos estudiosos ofrecen de mi libro resulta muy significativa. Si lectores eruditos como estos colegas han descubierto en mi libro los elementos positivos que quedan reflejados en sus exposiciones, me atrevo a esperar que constituya una aportación útil y práctica a los estudios del cristianismo más primitivo y del puesto de Jesús en la fe y la piedad de ese periodo.

Dado que en *Lord Jesus Christ* he tratado de cubrir un periodo que comprende aproximadamente desde el 30 al 170 d.C., es un beneficio añadido el que estos tres exegetas aporten una impresionante amplitud de conocimientos en sus reflexiones sobre mi libro. En algunas otras reseñas y simposios ha resultado frustrante que solamente se hayan ocupado de una parte del material (por ejemplo, sólo los capítulos que tratan del Nuevo Testamento). Sin embargo, esta presentación de Salamanca me ofrece críticas de un equipo de estudiosos capaces de ofrecer un comentario más completo sobre toda la extensión del material que he intentado tratar.

Permítanme a continuación dedicarme a las cuestiones y los asuntos específicos subrayados por dichos colegas. No puedo hacerlas plena justicia en el espacio que me han concedido. No obstante, quiero mostrar que las tomo en serio y que valoro sinceramente tales comentarios, los cuales me llevarán a investigar algunas cuestiones importantes.

El profesor Guijarro Oporto plantea la cuestión de si es posible decir algo más de la devoción a Jesús característica de los círculos judíos de seguidores de Jesús en la Palestina-Judea romana. Compartiendo la opinión de la mayoría de los estudiosos, ambos estamos de acuerdo en que no disponemos de fuentes que procedan directamente de esos círculos y que lo único que podemos hacer es tratar de realizar inferencias eruditas a partir de lo que tenemos a nuestra disposición. He procurado llevar esto a cabo examinando cuidadosamente las fuentes históricas más antiguas que han llegado a nosotros, a saber, las cartas del apóstol Pablo, algunas tradiciones de Hechos y el material que normalmente se cree derivado de la fuente de los dichos de Q. Al menos en este momento, no tengo la misma confianza que el profesor Guijarro de poder descubrir muchos más materiales que nos ofrezcan información adicional sobre los círculos judeocristianos de las dos primeras décadas posteriores a Jesús. En realidad, diversos exegetas han tratado de identificar otras posibles fuentes a partir de los evangelios, tales como el relato pre-marciano de la pasión. Apoyo plenamente estos esfuerzos, pero era, y sigo siendo, consciente de lo difícil que ha sido ofrecer un ejemplo persuasivo de esta propuesta. Realmente aguardo con interés cualquier otra cosa que él u otros exegetas puedan proponer.

A la luz de Pablo, por ejemplo, sabemos que había creyentes judíos en la Palestina-Judea romana de aquellos primeros años que parecen haber defendido firmemente que los conversos gentiles no debían ser simplemente bautizados y creer en Jesús, sino que también debían cumplir cabalmente con la Torá, convirtiéndose asimismo en judíos. Sin embargo, sólo disponemos de las quejas de Pablo respecto a tales judeocristianos, y las observaciones de Pablo probable (e inevitablemente) son sesgadas y polémicas. Por lo tanto, en absoluto considero que en *Lord Jesus Christ* haya un inventario completo de las ideas cristianas más primitivas sobre Jesús. Por el contrario, simplemente he tratado de mostrar que la intensa devoción a Jesús, que vemos como algo ya dado por descontado en las cartas de Pablo, no fue una innovación paulina, sino que parece estar arraigada en los primeros años y en los

primeros círculos del joven movimiento cristiano de la Judea romana. Independientemente de la amplia diversidad de creencias y prácticas de esos primeros círculos, este tipo de devoción a Jesús ha de ser considerado al menos como un elemento importante dentro de esa variedad.

El profesor Núñez Regodón plantea la fascinante cuestión de si es posible decir más acerca de la piedad personal y de la vida piadosa del propio Pablo. Tal como él indica, mi interés en el libro se cifraba en la devoción que caracterizaba de forma colectiva a los cristianos de esos primeros años. Ciertamente, en las cartas de Pablo existe un fuerte «yo», una poderosa personalidad impulsada por la convicción de que Dios le ha elegido para una revelación y una misión especial. Además, las cartas de Pablo claramente reflejan en distintos momentos la intensidad de su propia vida de piedad y su apasionado compromiso con Jesús (por ejemplo, Flp 3, 7-14; Gal 2, 19-21). Quizás simplemente debería remitir a los lectores a una obra que publiqué en otro lugar, donde trato de estudiar esta cuestión con mayor detenimiento, algo que aquí resulta imposible.¹²

Finalmente, la pregunta del profesor Fernández Sangrador nos introduce en un territorio enigmático. En el siglo II, cuando la fe cristiana ya no era tan completamente novedosa, ¿qué factores pueden haber llevado a una persona a comprometerse con Jesús? ¿Cuál era el carácter de la religión cristiana en aquel entonces? Él habla de esta época como aquella en la que «ya había pasado el ardor primero de la generación genuinamente apostólica». Por supuesto, existe algo válido en esa descripción. Sin embargo, dado que en el siglo II hacerse cristiano todavía suponía dar un paso muy audaz que podía conllevar serios costes a nivel personal y social, creo que debemos asumir la existencia de un fuerte «ardor» que perduraba, de unos poderosos factores que hacían parecer que merecía la pena pagar esos costes. Por ejemplo, más en el siglo II que en la generación apostólica se dio la posibilidad del martirio a causa de la fe, y las actitudes del imperio romano hacia los cristianos parecen haberse endurecido considerablemente en la época de Justino y sus coetáneos. Quizás se pueda descubrir algo más acerca de aquellos aspectos existentes en la fe y la devoción cristiana que motivaban a una persona a comprometerse con esta postura religiosa exigente y costosa.¹³

Espero que la cuestión del profesor Fernández Sangrador se estudie con mayor profundidad en nuestros intentos por comprender el cristianismo del siglo II. Con todo el interés actual por la descripción social, los estudios de género y muchas otras elogiadas líneas de investigación, sigue siendo importante reconocer que básicamente nos enfrentamos a un movimiento *religioso*, y un movimiento religioso *voluntario*, al que la persona se adhería en estos primeros momentos sólo porque se sentía fuertemente atraída a hacerlo.

No debo abusar de la amable oportunidad que me han dado aquí de responder *brevemente* a mis colegas, por lo que simplemente deseo concluir reiterando mi agradecimiento por la presentación de mi libro en Salamanca. También quiero dar las gracias al director de la Revista Salmanticensis por dar a conocer en ella las exposiciones de dicha presentación. Ciertamente no considero que *Lord Jesus Christ* sea una reflexión que agote la discusión o

¹² Hurtado, L. W., *Paul's Christology*, en Dunn, J. D. G. (ed.), *The Cambridge Companion to St. Paul*, Cambridge 2003, 185-198.

¹³ He tratado esta cuestión de forma breve (e inadecuada) en un capítulo de otro reciente libro. Cf. Hurtado, L. W., «To Live and Die for Jesus: Social and Political Consequences of Devotion to Jesus in Earliest Christianity», en Id., *How on Earth did Jesus become a God? Historical Questions about Earliest Devotion to Jesus*, Grand Rapids 2005, 56-82.

que trate de poner punto final a esta cuestión. Por el contrario, me complacería que el libro estimulase a otros estudiosos presentes y futuros a ocuparse con mayor atención de la devoción a Jesús que caracterizó al cristianismo más primitivo¹⁴.

¹⁴ Asimismo me complace que el libro vaya a ser traducido al castellano y publicado por Ediciones Sígueme.